



LEE YOUNG-DO

EL PÁJARO QUE BEBE LÁGRIMAS

El corazón del
naga

minotauro

LEE YOUNG-DO

EL PÁJARO QUE
BEBE LÁGRIMAS

El corazón del
naga

minotauro



LA EXPEDICIÓN DE RESCATE

Tres contra uno.

Antiguo proverbio

Al romper el alba, los viajeros que cruzan el desierto de Punten y buscan dónde dormir se encaminan hacia La Última Posada, así llamada a falta de una mejor denominación. Hacia allí iba un hombre.

El posadero lo vio desde que le quedaba más o menos una hora de camino, y no le quitó el ojo de encima. Normalmente avistaba a los viajeros desde varias horas antes de que llegasen, pues el vasto desierto no ofrecía lugar alguno donde esconderse; ni siquiera las interminables dunas llegaban a impedir la visión: La Última Posada estaba situada en lo alto de un risco de treinta metros de altura y ocupaba toda la parte superior del mismo, de unos cuarenta metros de diámetro. Desde esa posición privilegiada, el posadero localizaba a los caminantes que aparecían por el este, el oeste o el norte horas antes de su llegada. Estos hacían un alto en el camino y después volvían a marchar hacia el este, el oeste o el norte.

Pero aquel hombre venía del sur, una dirección a la que el posadero prestaba menos atención, por eso solo logró avistarlo con una hora

de antelación. Estaba seguro de que debía de haberse extraviado y de que apenas habría visto las luces de la posada. Lo observó durante todo el camino restante, acercándose con lentitud pero sin detenerse. De vez en cuando también miraba en las otras direcciones, pero no había nadie a la vista.

La enorme y oscura masa del cielo del desierto se teñía de aguamarina. La silueta del viajero era ahora claramente más grande. El posadero estimó que llegaría en unos diez minutos, por lo que se levantó de su asiento para preparar la tetera y un cuenco para el agua.

Al incorporarse ya se percató de algo extraño. Entornó los ojos para volver a mirar al viajero y se dio cuenta de qué le había llamado la atención.

Detrás del hombre se veía una línea negra, como una larga sombra que, bajo la luz del amanecer, se extendía hasta el horizonte. El posadero ladeó la cabeza. «¿Estará arrastrando algo?» No había mucho viento, de modo que si el hombre iba tirando de algo pesado, el surco podría proyectar una sombra, especialmente a esa hora en que la luz se iba haciendo más intensa. ¿Quizás se había muerto su camello y el hombre no había tenido más remedio que arrastrar su valioso equipaje? Intentó verlo mejor, pero el cortaviento que cubría al desconocido hasta las rodillas dificultaba mucho la visión.

Instantes después, cuando se hizo la luz, se dio cuenta de lo conservadora que había sido su imaginación.

La línea detrás del hombre era el rastro de algún tipo de líquido que empapaba la arena, y ningún viajero derramaría agua a propósito. La mancha de color rojo oscuro que ni siquiera la árida arena del desierto había logrado absorber era de sangre.

—Oye, ¿estás bien?

El hombre, que llevaba un gran paño cubriendo su cabeza y boca, levantó la mirada ante la repentina voz. Vio al posadero de pie sobre una pequeña duna y se llevó la mano a la parte posterior del hombro.

—¿Quién eres?

—Vengo de la posada, ¿no ibas de camino hacia allí?

A pesar de su explicación, el hombre, con la mano todavía detrás del cuello, dijo:

—No te acerques más. ¿Vas armado?

—No soy ningún ladrón. ¿Acaso un ladrón iría desarmado y sin camello? Soy el dueño de esa posada y he venido a ayudarte después de haber estado un rato observándote.

—¿Y en qué me estás ayudando? Enséñame dónde está la posada.

El posadero echó un vistazo discreto por detrás del hombre, y verla de cerca solo reveló con mayor claridad que la marca era de sangre. El viajero le siguió la mirada y se dio la vuelta sacudiendo la cabeza.

—¿Eso? No te preocupes.

—¿Debo dejar que sangres?

—La sangre no es mía.

El perplejo posadero se colocó tras el hombre, que le permitió que observara la especie de enorme saco que arrastraba. Era la fuente del rastro de sangre y tenía un color rojo oscuro. De pronto vio también una enorme empuñadura que sobresalía de su abrigo. El desconocido que caminaba hacia su posada llevaba al cinto una enorme espada y arrastraba un saco del que brotaba sangre.

—¿Qué hay en el saco?

—Ya te he dicho que no te preocupes.

—¡Pero si es sangre!

—No es sangre humana —respondió el hombre y continuó caminando, dejándole atrás. Al verlo moverse, pudo apreciar lo pesado que era aquel saco: lo suficientemente grande como para albergar a dos personas y dejar un gran surco en la arena a su paso. El ventero se quedó mirando con horror la espalda del hombre y lo alcanzó poco después.

—Me adelantaré para prepararlo todo.

El desconocido no respondió. El posadero se apresuró en volver, pero no para hacer lo que le había dicho. De regreso a la posada no pensó más que en dónde habría dejado su espada larga, pues no recordaba la última vez que la había utilizado. De todas maneras,

no tenía intención alguna de enfrentarse al hombre armado con una espada. Despertó a toda la familia a gritos en cuanto subió las escaleras.

Su mujer, que había salido corriendo hacia él al oír los gritos, se quedó estupefacta al oírle preguntar por su espada. Por suerte, su hijo pequeño sabía perfectamente dónde estaba y corrió a por ella. Casi empujando a su mujer, que pedía explicaciones, el posadero la metió en la cocina y puso la tetera y el cuenco sobre la mesa.

En ese preciso instante el desconocido, que ya había escalado el risco, entró en la posada.

Miró a su alrededor y se acercó a la mesa donde estaba la tetera. Aquel terrible saco aún le acompañaba, dejando marcas de sangre en el suelo. El propietario frunció el ceño al verlo. Al llegar a la mesa se quitó el abrigo, que colgó sobre una silla, y se desprendió de la mochila. Entonces se llevó la mano a la nuca.

Sacó la espada y por un momento el tabernero olvidó el saco ensangrentado, pues nunca había visto un acero semejante. Sobre la empuñadura, que medía al menos treinta centímetros de largo, sobresalía un cuerno de otros treinta centímetros. Estaba clara la razón por la que el cuerno era tan largo. La longitud de las hojas de la espada doble era de ciento veinte centímetros y estaban una al lado de la otra. Parecían unas espadas gemelas unidas por la base.

Aquella horrenda espada de hojas dobles era extraña incluso para su transporte: contaba con un complicado arnés de cuero, unido por anillas metálicas, atado a la parte alta del pecho de aquel hombre. En su hombro izquierdo y en la parte inferior del cuello llevaba una armadura de hierro de la que sobresalían dos ganchos, de los que debía de colgar la espada doble, pues no existía vaina convencional que pudiese albergarla.

Puso la espada doble sobre la mesa y se sentó en la silla. Comenzó a desatarse la tela que le cubría la cabeza y la boca.

En aquel preciso momento el hijo del propietario llegó con su espada. Por suerte, era avisado y la llevaba escondida en la espalda. El padre le hizo una señal con los ojos para que se mantuviera oculto y se acercó al hombre.

—¿Me puedes explicar qué hay en el saco?

El hombre continuó enrollando la tela y la puso sobre la mesa. Su pelo negro estaba apelmazado por el sudor, la arena le caía sobre los hombros y la barba negra sin recortar le tapaba la cara. Se giró hacia el propietario y preguntó en vez de responder.

—¿Es esta La Última Posada?

—Así la llaman. No hay más posadas hacia el sur.

—Ya me he dado cuenta.

Iba a ignorar sus palabras cuando se le abrieron los ojos al darse cuenta de lo que acababa de decir aquel hombre.

—Encima bromista... ¿Acaso vienes del sur?

—De allí vengo.

Hubiese sido más fácil creer que venía del mismísimo reino de los cielos.

—No hay nada al sur.

—Está Kiboren.

—¿Kiboren? Claro, claro... Donde hay innumerables árboles y bestias. Y nagas. O sea, nada.

Miró fijamente al propietario y le dijo algo que le dejó desconcertado.

—Dame la carta.

—¿Cómo?

—Si esta es La Última Posada debería haber llegado una carta para Keigan Draka.

De nuevo abrió los ojos, sorprendido. Efectivamente había una carta. Hacía semanas un monje del Gran Templo había llegado medio muerto desde el norte para llevar una carta que debía entregarle a Keigan Draka. El monje, que se llamaba Orenol, tardó días en recuperarse para partir de vuelta al norte.

El posadero asintió con la cabeza, ausente.

—Primero responde a mis preguntas. ¿Qué hay en el saco? ¿Y qué quieres decir con que vienes del sur?

El hombre llamado Keigan Draka levantó la tetera.

—Dos monedas por taza... El agua es cara aquí. Supongo que la existencia de una fuente es la razón de ser de esta posada.

Se sirvió agua, y solo entonces respondió a la pregunta.

—Vengo del sur para evitar cruzar el desierto. Inicié el viaje en Karabora, y de allí fui dirección sur y entré en Kiboren. Continué hacia el oeste, luego hacia el norte y hasta aquí.

El propietario resopló ruidosamente. Lo que el viajero contaba era cierto: Karabora estaba al este del desierto de Punten, a unos doscientos kilómetros de la posada. Para evitar doscientos kilómetros de viaje por el desierto, lo mejor era dar un rodeo en dirección sur. En realidad la posada estaba situada a solo cincuenta kilómetros del extremo sur del desierto.

Pero también significaba caminar doscientos kilómetros por la selva de Kiboren, infestada de nagas. Era mucho más seguro caminar sobre el océano. Cuando iba a mencionarlo, Keigan señaló el saco.

—Lo que tengo en el saco lo cogí en ese viaje. Ábrelo y crearás que vengo del sur.

El propietario de la posada miró el saco con reticencia y volvió a mirar a Keigan, que se estaba hidratando por valor de dos monedas. Abrió la tela con cuidado.

Se oyó un grito tan espeluznante que hasta su mujer, que seguía en la cocina, se desmayó de puro terror.

Ni siquiera los janulchis que sobrevuelan las alturas podían ver el suelo de Kiboren, donde los bosques se extienden hasta el horizonte por el este, oeste, sur y norte.

Las oscuras nubes cargadas de lluvia se forman densas, manteniendo el calor y casi tocando las copas de la vegetación. Los árboles de Kiboren no han visto el filo de un hacha; son centenarios, enormes y retorcidos. Sus ramas llevan mucho tiempo creciendo de forma desorganizada y se enredan entre ellas; algunas se unen en el aire y se curvan por el peso de las hojas secas y muertas. Cuando hay vientos fuertes en Kiboren, las hojas se liberan de las copas de los árboles volando hacia arriba.

Los enormes árboles caen después de morir, pero algunos más

pequeños quedan atrapados por las ramas entrelazadas y allí permanecen como si fueran su propia lápida. Había muchos árboles muertos reclinados sobre y entre sus hermanos; la imagen recordaba a un verde océano que de manera caótica se extendía en vertical, diagonal y horizontal, constituyendo tal laberinto de líneas entrelazadas que incluso los pájaros se extraviaban. Ese laberinto, al igual que los delirios de un hombre loco, crecía, se retorció, se pudría, parecía estar vivo y en ocasiones se desmoronaba con un estrépito haciendo que los pequeños trozos de corteza y las hojas saliesen volando en todas direcciones. Pero la mayor parte del tiempo Kiboren se encierra en la oscuridad bajo su verde velo y pasa los días en silencio.

En aquel lugar se encontraba la ciudad de los sangrefría.

Es un lugar ante cuya mención ni siquiera los poderosos lekons podrían evitar sentirse incómodos; cuyo nombre no podrían pronunciar sonrientes los alegres dokebis; al que los humanos, a los que les gusta llevarlo todo a sus términos, llaman Ciudad del Silencio. Pero sigue siendo la ciudad de los sangrefría, una de las grandes maravillas que no requiere ni alabanza ni maldición para demostrarlo.

Jatengrayu.

En el centro de la interminable extensión de selva verde de Kiboren, Jatengrayu parece una solitaria isla blanca. Sin embargo, es en realidad una extensa metrópolis con una Torre Corazón que pese a alcanzar los doscientos metros no aparenta esa altura. A los lados izquierdo y derecho de sus rectas avenidas principales se erigen magníficos y opulentos edificios, pero lo que más destaca son las plazas, decoradas con trofeos de los capturados por los nagas. Otras ciudades nagas, ubicadas por debajo de la frontera sur, también tienen Torres Corazón y una bella arquitectura, pero en esencia no son más que copias de la gran ciudad de Jatengrayu.

Como sus copias, esta preciosa ciudad es diferente de las ciudades de otras especies desde dos perspectivas: no se puede escuchar el sonido en la ciudad y no hay luz que acabe con la noche. Entre las blancas columnatas, en los pasajes y en las plazas hay nagas yendo

y viniendo como espectros sin sonido alguno, y no podrás escuchar en ninguna parte ni voz ni canción.

Así que cuando Ryun Pei abrió la boca, Hwarit Maquerou debió de quedarse estupefacto.

—¿Cómo sería vivir teniendo corazón?

La capacidad auditiva de los nagas era tan ínfima que incluso si pasase una horda de dokebis por su espalda no serían capaces de oírlos, pero a causa del anormal silencio de Jatengrayu pudo oír lo que decía su amigo. Hwarit quedó tan desconcertado que ni pensó en afearle la rudeza.

<¿Vivir teniendo corazón? Sería vivir cada día atemorizado de la muerte.>

Ryun Pei se percató de que el nablo de Hwarit era bastante confuso. No quería dejarle más perplejo aún y cerró la boca y comenzó a nablarse.

<¿No sería entonces posible nablarse que me siento vivo cada día?>

Ryun se puso la mano derecha sobre el pecho. Si Hwarit hubiese ejecutado la misma acción, él también hubiese sentido el latido del corazón, pero no lo hizo porque no habría sido decoroso.

<Ryun, tú no harías eso delante de otra gente, ¿verdad?>

<¿Hacer el qué?>

<No te tocarías el pecho, ¿verdad? No lo hagas. Es de mala educación.>

Hwarit pensó que había sido demasiado seco y añadió.

<De todas formas tendrás que asumirlo en diez días.>

Ryun bajó su mano derecha y miró hacia el centro de Jatengrayu. Allí se erguía la Torre Corazón, muy por encima del edificio más alto de la ciudad. En los ojos de Ryun hubo una mezcla de repulsión y miedo, e incluso su mano temblaba ligeramente.

Ryun Pei y su amigo Hwarit Maquerou se encontraban en el balcón de la mansión de la familia Pei. De veintidós años ambos, según la ley naga no se les podía considerar adultos. Pero en diez días, cuando la estrella de Shanaga se ocultara detrás de la luna, llegaría su hora y serían convocados a la Torre Corazón.

Allí les abrirían el pecho y les sacarían el corazón.

<No quiero hacerlo, Hwarit.>

<No tengas miedo, Ryun. No hay ni un solo naga que haya muerto durante la ceremonia de extracción. Eso de que hay accidentes y de que siempre perecen uno o dos solo son bromas para asustar a los niños.>

Incluso con las dulces palabras, la cara de Ryun siguió compungida.

<No tengo miedo de un accidente. Pero no quiero que me saquen el corazón.>

Hwarit se quedó atónito.

<¿Por qué razón, Ryun? ¿No quieres ser inmortal?>

<Los nagas no somos inmortales.>

<Semiinmortales, entonces. ¿Me estás nablando que no es importante? No temer a ningún enemigo no es algo a menospreciar.>

<¿Enemigos? ¿Dónde están nuestros enemigos? Ya no existen al sur de la frontera, donde ni siquiera nos acercamos. ¿Acaso hay un enemigo que amenace a los nagas?>

Las palabras de Ryun eran iracundas. Hwarit decidió explicárselo con calma.

<Por supuesto que no cruzamos la frontera norte. Pero esos infieles de sangre caliente podrían cruzar hacia el sur. Comen grano, y por eso son numerosos. Pero nosotros no podemos reproducirnos de esa manera, así que nuestro cuerpo inmortal es nuestra arma para protegernos de los infieles.>

—¡Podrían cruzar hacia el sur! —Ryun habló en voz alta de nuevo—. ¿¡Cómo!? Los caballos de los humanos no pueden moverse por nuestro bosque. ¡Los gigantescos lekons no pueden desafiarnos! Ninguno de ellos tiene visión térmica. A menos que puedan evitar que caiga la noche, ¿cómo van a osar esos infieles entrar en nuestro bosque!? —acabó gritando como un janulchi enfadado.

Hwarit se sintió incomodado por Ryun, que le hablaba como si él mismo fuese un infiel. Pero se controló y le nabló suavemente.

<¿Y qué pasa con los dokebis?>

El nombre de los mayores enemigos de los nagas dejó a Ryun en silencio. Los nagas no tienen miedo ni de humanos que montan a caballo y comen semillas, ni de los lekons que rompen rocas y vuelan por el cielo. Pero los dokebis son otra historia. Hwarit le habló calmadamente de algo que todo naga sabe.

<Los dokebis vencen a los nagas, dicen. No podemos diferenciarlos de su llama maldita. No tienen termovisión, pero nosotros tampoco podemos verlos a ellos. Y su fuego puede convertir en cenizas nuestro precioso bosque en un instante. Acuérdate de la isla de Pesiron y el valle de Akinsrou.>

<Aquello fue excepcional. Los dokebis aborrecen la guerra. No incendiarían el bosque a menos que se les metiese en la cabeza que se trata de una hilarante broma.>

<No niegas que es posible, pues. No sé si tienen límite sus bromas. Cuando nos lleguen noticias de que el mundo va a ser destruido, yo pensaré que ha sido algún dokebi sin autocontrol que finalmente se ha salido con la suya.>

Ryun no tuvo más remedio que sonreír ante las palabras estúpidas de su amigo.

<Conozco algunos chistes dokebis, Hwarit. Y en ninguno los dokebis son una amenaza. Son los únicos que pueden escapar a nuestra visión, no lo niego, pero al mismo tiempo son los únicos infieles que no tienen ningún interés en la guerra. Ellos no pueden ser la razón por la que debemos convertirnos en seres vivos sin corazón.>

<El mundo es muy grande y puede que exista un enemigo cuya existencia desconozcamos.>

<Claro, claro que lo hay. El enemigo existe.>

En ese momento Ryun gritó lleno de odio:

—¡Justo allí!

Hwarit hizo una mueca. Sabía que su amigo era incorregible y maleducado y de natural paciente, pero aquello sobrepasaba el límite. Ryun señalaba a la Torre Corazón.

<Ryun, cállate. La Torre Corazón no puede ser objeto de blasfemia.>

Ryun bajó las manos pero no contestó ni con palabras ni con nabla. Hwarit empezó a sentirse como un invitado no deseado. Cambió de expresión facial y de tema intentando ser gracioso, pero no obtuvo reacción alguna por parte de Ryun. Al final decidió enfrentarse a aquello que Ryun expresaba con su silencio.

<¿Quieres nablar que no vas a extraerte el corazón?>

Ryun no expresó nabla alguno pero sus escamas estaban tocándose y hacían un horrible sonido. La expresión de Hwarit se entristeció.

<No quieres que te lo saquen, ¿verdad?>

<Y aunque no quiera, ¿qué hago con ellos?>

Hwarit nabló de forma desesperanzadora.

<Es imposible.>

<Respóndeme. Debes saberlo porque eres un aprendiz. Si un naga insistiera en vivir con el corazón hasta su muerte, ¿qué harían los guardianes? ¿Se lo sacarían a la fuerza?>

<No. Los guardianes no emprenderían ninguna acción. Pero hay muy pocos casos como el tuyo. Hubo varios nagas a los que no se les practicó la ceremonia en el año que cumplieron veintidós, pero por causas ineludibles.>

<¿Y qué pasó?>

<Las mujeres fueron protegidas por sus familias, esperaron al año siguiente y les extrajeron con éxito los corazones.>

<¿Y qué les pasó a los hombres?>

<Se escondieron hasta el año siguiente, pero no quedó ninguno con vida. Todos fueron asesinados.>

<¿A manos de quién?>

<No hagas como que no lo sabes, Ryun. Has sido tú quien ha recordado que los infieles no bajan al sur de la frontera.>

Pese a todo añadió:

<Todos fueron asesinados por nagas.>

Las escamas de Ryun rechinaron de nuevo de manera disonante.

Hwarit se sentó en una silla. En la mesa había una caja que él había traído; era un regalo para compartir con su amigo, pero no estaban de humor para comer. Nabló mirando hacia la caja.

<Ryun. En diez días, la familia Pei ya no te protegerá. Serás un hombre libre, pero eso no es muy distinto de ser una presa libre. Si te sacas el corazón, las mujeres te aceptarán como hombre, pero si te aferras a él solo serás un vienaga. Te rastrearán, te matarán y...>

Hwarit se giró hacia Ryun con las manos haciendo círculos sobre la caja. De pronto metió una dentro como un relámpago y cuando la sacó tenía un gran ratón agarrado.

<Podrías ser devorado>, nabló Hwarit mirando a Ryun. El ratón chillaba desesperadamente por su vida.

Ryun Pei miró a Hwarit, que se llevó el ratón a la boca con cara seria.

Con el sonido de huesos machacados se detuvieron los chillidos.

Noroeste de la cordillera de Kichun, monte Baiso.

La temperatura es fría y el viento fuerte. El sol todopoderoso parece perder fuerza como una bola de fuego sin vida que navega por el cielo. La oscuridad del verde bosque rodeado de montañas es tan densa como asfixiante.

Entre las verdes oleadas, un viajero caminaba a lo largo de la cordillera en el monte Baiso. Llevaba un resistente bastón y gruesos ropajes que no le diferenciaban de un viajero ordinario, lo único que lo distinguía de un viajero cualquiera era su cabeza afeitada. Era obvio que era un monje pero parecía fuera de lugar allí en Kichun. Pues en los alrededores no había ningún templo, ni tampoco un pueblo.

Aun así, no parecía estar perdido. Caminaba bajando por el valle de Baiso y siguiendo el arroyo, donde había varias estructuras hechas claramente por manos humanas. Probablemente cabañas construidas en zonas más resguardadas del viento para dar cobijo a buscadores de oro o cazadores. Con un paso constante bajó hasta las cabañas.

De pronto oscureció.

El monje se preguntaba si el sol se había ocultado detrás de las nubes cuando una repentina ráfaga de viento le golpeó por la espalda y lo empujó haciendo que cayese hacia delante. Por suerte, chocó

contra un arbusto que le evitó la vergüenza de caer rodando valle abajo. Asustado, miró hacia el cielo intentando recobrar el aliento. No pudo cerrar la boca.

Lo que salió de detrás de la montaña por la que él bajaba fue un enorme janulchi.

Tenía una aleta pectoral tan grande que no podía abarcarse de una sola mirada. La boca parecía que se iba a tragar la montaña y sus miles de ojos desperdigados brillaban con diferentes tonalidades. Evitando mirarlos directamente, el hombre observó la espalda de la criatura y dejó escapar una exclamación. Estaban allí, lo que decían era cierto.

La torre derruida, el muro y la columnata, la cúpula ardiendo bajo la luz solar. Se dio cuenta de que no eran tan lujosos como se decía. Se rumoreaba que las columnas tenían joyas incrustadas y los tejados estaban cubiertos de oro; seguramente muchos interpretaban el reflejo de la luz como sus deseos. Pero lo que había en la espalda del janulchi no eran más que restos de tiempos ancestrales, ruinas derrumbadas por el peso de los años. Allí no había brillantes gemas ni dorado metal, solo el tiempo, eones de tiempo, brillaba intensamente. El monje lloró emocionado.

Cautivado por aquel enorme pez que nadaba por el cielo con ruinas en su espalda, le llevó un rato percatarse del alboroto que había en lo más profundo del valle. Se levantó, volvió a sentarse y, haciendo de tripas corazón, desvió la mirada hacia la vaguada. Y no pudo hacer más que sorprenderse y preocuparse.

Allí abajo había tres caballos en formación. Semejaba la distribución de un carruaje, pero el que estaba en medio de los tres tenía montado un jinete. Además, los caballos llevaban yugos, pero no tenían enganches por detrás como los de un carruaje, sino unas largas y fuertes cuerdas que se extendían entre los yugos y unas personas que estaban amarradas al otro extremo. Cada uno llevaba carga a sus espaldas, y el monje, aunque nunca había visto antes tal cosa, sabía qué era lo que cargaban.

Eran cometas rectangulares gigantes, varios cientos de veces más grandes que una normal. Al darse cuenta de por qué eran necesarios

los caballos, el monje gruñó, y en ese mismo momento debió de producirse una señal que él no llegó a escuchar.

Los caballos comenzaron a trotar. Corrían aprovechando la dirección del viento en el valle. Las cuerdas que llevaban atadas se tensaron y las cometas se desplegaron en el aire. Había cinco. El monje comprendió el sistema que permitía a las cometas ascender utilizando la fuerza de arrastre de los caballos, pero albergaba dudas de si podrían mantenerlos controlados. Entonces se percató de la presencia de una cuerda adicional, y siguió el recorrido de la misma para ver que estaba conectada a una enorme polea fijada a la tierra. Quedó admirado del ingenioso diseño. Los caballos tenían como objetivo tirar de las cometas hacia arriba y, según parecía, las cometas se controlaban mediante una polea que no era más que un carrete gigante.

Tal y como había predicho, los hombres atados a las cometas sacaron sus dagas, cortaron las cuerdas que las conectaban a los caballos y salieron volando hacia arriba alejándose de ellos. Pero tenían un segundo juego de cuerdas conectado a un enorme carrete, el cual sujetaban los hombres más fuertes.

Era un método bastante audaz el utilizar aquellas cometas para lograr subirse a la espalda del janulchi. El monje pensó que tenían pocas probabilidades de éxito pero admiró su espíritu aventurero; deseó en silencio que lo logaran.

Entonces se dio cuenta de que una de las cometas tenía problemas. A diferencia de las otras cuatro, no había alcanzado la altitud adecuada y daba bandazos. Vio que aún estaba aferrada a los caballos. ¿Cómo podía ser? El monje abrió los ojos al percatarse de que había cortado la cuerda equivocada, la que le unía al carrete. La gente que estaba en el valle gritaba y maldecía, mientras que el jinete que llevaba los caballos parecía furioso y fuera de sí. La cometa subía con una fuerza tremebunda, a punto de llevarse a los caballos consigo. El jinete pareció tomar una dura decisión cuando desenvainó su espada. Pese a que el monje gritó que no lo hiciera, a aquella distancia era imposible que pudiera escucharle.

En el momento en que cortó la cuerda, la cometa ascendió muy alto hacia el cielo. Tenía ambas cuerdas cortadas, había perdido el anclaje al suelo y daba bandazos impulsada por el viento. El monje se compadeció del hombre que estaba en la cometa. Debía de estar muerto de miedo.

Finalmente, la cometa bajó por la cresta de la montaña donde él se encontraba. Se escuchó el sonido de un fuerte impacto. Corrió hacia allí, intentando no perder los nervios. Le costaba moverse, pero corría con todas sus fuerzas. Saltó por encima de árboles caídos y se preparó para ver una horrible imagen. Por fin llegó al punto de la colisión y quedó estupefacto ante la increíble escena que se encontró.

Entre restos de ramas rotas y hojas arrancadas, un hombre se quitaba las cuerdas que lo amarraban mientras profería improperios. Era obviamente quien estaba montado en la cometa, de la que quedaban apenas restos esparcidos. No podía comprenderlo. Por mucho que la cometa hubiese logrado reducir la velocidad, el impacto hubiese sido suficiente para hacer pedazos al hombre. ¿Qué tipo de persona era aquella?

En ese momento se dio cuenta de que el tipo debía de medir unos tres metros. Debido al desmesurado tamaño de la cometa, hasta entonces no se había percatado de lo grande que era también el hombre. Al instante lo entendió todo. Aun así no lograba calmarse, y le preguntó con voz dubitativa:

—¿Eh, se encuentra bien?

—¡Y tú quién eres?! ¿Me estás provocando!?

Volvió de pronto su aterrador pico hacia el monje, al que le flaqueaban las piernas.

—Estaba cerca y he venido corriendo después de ver el accidente. ¿No se ha hecho daño?

El otro controló la ira y suavizó un poco la voz.

—No me he hecho daño. ¡No me he hecho daño, demonios! ¿Te sientes aliviado?

—Es impresionante que se haya caído de esa manera y no se haya hecho daño. Si no fuese lekon habría muerto.

El lekon castañeteó el pico sonoramente, en un crotoreo que es el equivalente a silbar entre humanos. El monje no podía esconder su temor y miraba al lekon de arriba a abajo, sus brazos y piernas. Tenía algún rasguño aquí y allá, algunas partes de su plumaje manchadas de sangre, pero no parecía que hubiese ninguna herida grave. Estuvo tentado de tocarle.

Pero al lekon parecía no importarle que el monje le estuviera o no observando: miraba hacia las otras cuatro cometas que todavía estaban en pleno vuelo.

El monje también dirigió su mirada al cielo. Las otras cometas se estaban aproximando al janulchi. El lekon parecía inquieto.

—¡Un poco más! ¡Solo un poco más! ¡Por la diosa que está por debajo de todos! ¡Soltad más cuerda, malditos insensatos!

Pero la suerte no estaba con aquellos audaces aventureros. Les faltaban unos cien metros para ser precisos.

A esa distancia estaban del janulchi. Las cometas daban bandazos fuera de control mientras la criatura pasaba por encima de sus cabezas con total serenidad. Los que estaban en el valle tenían que tomar una decisión antes de poner en peligro las cometas. El lekon vio cómo comenzaban a arriar las cuerdas y gritó:

—¡No puede ser! —Se tiró de las plumas de la cresta y se dejó caer.

El monje controló su respiración e intentó reconfortar al frustrado lekon.

—Era un plan realmente intrépido. Casi pensé que había funcionado. Si el janulchi hubiese volado solo un poquito más bajo, habría tenido éxito.

El lekon no pareció oír sus palabras. Estaba mirando cómo la aleta caudal del janulchi se alejaba plácidamente por el cielo al otro lado del valle, nadando con la misma parsimonia que antes. El hecho de haber estado a escasos cien metros de establecer contacto por primera vez con un ser terrestre no parecía afectar en lo más mínimo al colosal organismo. Desaparecía en el horizonte con una imagen de total indiferencia.

Finalmente, la imagen del janulchi se esfumó por encima de la

cordillera. El monje, conmocionado, giró la cabeza cuando escuchó al lekon levantarse y sacudirse las plumas. Este estaba refunfuñando, mirando la cometa rota, y de pronto gritó lleno de ira:

—¡Robs, hijo de perra, te mataré! ¡Te has quedado a cien metros cortos!

El monje no sabía quién era Robs, pero podía imaginarse que la vida de ese individuo pendía de un hilo. Hizo ademán de ir a detenerlo, pero al cabo de pocos segundos el lekon ya estaba corriendo monte abajo, o más bien volando. Se apresuró a seguirle.

Cuando llegó sin aliento a la cuenca del valle, la situación era peor de lo que había imaginado. El lekon estaba enfrentándose con quien supuso se trataba de Robs, quien a pesar de no ser más que un humano peludo, no parecía acobardarse frente al lekon. De hecho, parecía intimidarlo.

—¡Capitán idiota! ¡Tenías que cagarla con las cuerdas! ¡Solo te dejé subirte por tu maldita cabezonería y tú vas y cortas la cuerda equivocada y destrozas la cometa!

El monje abrió mucho los ojos. Ningún humano podía hacer eso: solo los lekons pueden hablar con esa violencia a otros lekons. Observó a Robs estupefacto y poco después supo qué era. El lekon dijo avergonzado:

—Demonios, me emocioné. Pensé que por fin iba a subirme a la espalda de un janulchi y antes de darme cuenta... Incluso si hubiese cortado la cuerda correcta la hubiese cagado, ¿verdad? ¡Las otras cometas tampoco lo han conseguido!

—¡No deberías haber estado sobre una cometa! ¡Te dijimos que no te subieras! ¡No tuvimos suficiente cuerda por tu cabezonería! ¡Para que tú pudieras volar, maldito imbécil, las cuerdas de los demás eran más cortas!

El lekon resoplaba como una tormenta, pero era incapaz de rebatirle. La gente alrededor se reía como si no estuvieran sorprendidos por la situación, y nadie parecía preocupado por la vida de Robs. En ese momento, Robs vio al monje.

—¿Eh? ¿Un monje? ¿Qué le trae por aquí?

El aludido no se enfadó ante la impertinente pregunta. Si su intuición era correcta, Robs no era un humano pese a lo que sugería su apariencia. Así que juntó las manos educadamente y dijo:

—Soy Orenol. He venido a ver a este lekon.

El lekon parpadeó sorprendido.

—¿De qué hablas? ¿No dijiste que estabas de paso?

—Me dirigía aquí. Vine a conocer al capitán lekon al que llaman Tinajan. Me imagino que es usted.

—Soy Tinajan. Pero ¿por qué has venido a verme?

—Vengo del Gran Templo de Jainsha.

A Tinajan se le erizó la cresta. Robs estaba alerta mirando a todos lados y dijo:

—¿Quiere pasar un momento?

—¿Ahora es humano?

—¿Qué? Ah, no. Soy dokebi. ¿O preferiría un kim?

Orenol sonrió y asintió al multialma.

—Como quiera, pero ya que su apariencia es humana estaría menos confundido si convocara a un humano.

Como Orenol había imaginado, Robs era un multialma. No era posible que un humano tratase a un lekon de aquella manera a menos que tuviese múltiples espíritus. Probablemente el espíritu de un lekon había tratado a Tinajan de aquella manera.

Tal y como había solicitado Orenol, Robs hizo que prevaleciese el espíritu humano y lo llevó junto con Tinajan a sus aposentos. Otros intentaron seguirles, pero Robs los echó.

El interior estaba sucio y oscuro. Tinajan levantó una mesa rinconera llena de herramientas y otros cachivaches, limpió la superficie e hizo que Orenol se sentase en una de las sillas. Robs sacó una botella de alcohol y vasos de una caja, y los puso sobre la mesa. Orenol rechazó el alcohol. Robs se encogió de hombros. Bebió un traguito directamente de la botella y se la pasó a Tinajan.

—No tenemos otra cosa. ¿Agua?

—No. Estoy bien. He venido el día oportuno para ver una escena espectacular.

—Hubieses visto nuestro éxito si Tinajan no fuese tan testarudo.
—Robs miró al aludido, que refunfuñó.

Orenol esbozó una sonrisa. Todo el mundo cerró la boca y el pico. Por un momento, un horrible silencio rodeó la mesa. Tinajan gritó al no poder soportarlo más:

—¡De acuerdo! Te llamas Orenol, ¿verdad? ¿Cuántos días te has retrasado?

—Medio año.

Tinajan se volvió hacia Robs con cara de miedo. Este palideció y dijo:

—¡¿Tanto...?! ¿Cuándo ha pasado todo este tiempo? Lo siento. He perdido la noción del tiempo aislado en este lugar. Nunca pensé en no devolverte la deuda.

—Sí. Desde el Gran Templo no hemos dudado de vuestra sinceridad. Pensábamos que habría sido un error, así que me decidí a ver qué estaba ocurriendo —dijo Orenol con una sonrisa, pues sentía algo de pena—. Venía deseando contemplar vuestro éxito.

—¡Podríamos haberlo logrado! ¡Lo viste!

Tinajan golpeó la mesa y la partió en dos. Orenol y Tinajan la miraron sorprendidos y Robs se echó las manos a la cabeza:

—Estamos arruinados, ¡maldita sea!

Tinajan bajó la cabeza. Robs apartó la mesa rota y solo entonces pudo calmarse un poco y decir con suavidad:

—Seré sincero, monje. No podemos permitirnos devolverte los intereses, ni siquiera el montante original. Estamos en tal situación que deberíamos haberte dado esta mesa, pero desafortunadamente nuestro querido capitán la ha machacado. Pero podríamos haberlo logrado, lo viste tú mismo, no hay nada más que explicar. Nuestro plan era perfecto.

—Sí, fue una escena muy espectacular. Cuando abandoné el Gran Templo tenía mis dudas: pensaba que no tenía sentido subirse a la espalda de un janulchi. Pero ahora me parece factible. Muy peligroso, desde luego, pero posible. Pero si tuvieseis éxito, ¿cómo tenéis pensado bajar?

—Por la cuerda de la cometa. Cuando esta esté sobre la espalda del janulchi, se cortará la cuerda del lado de la polea. Con la misma cuerda que subimos, podremos bajar.

Orenol dudaba de si las personas que estaban ante sus ojos pensaban de forma lógica. Subir con cuerdas a una altura de unos dos mil metros era algo que él no podría ni soñar con hacer. Cambió de tema para no volver a recrear la escena en su mente.

—De acuerdo. Pero la cuestión es que aún no lo habéis conseguido.

—¡Pero podemos! Por favor, danos más tiempo. Considera lo que acabas de presenciar como si fuese el último ensayo. Estamos preparados y hemos practicado, ¡seguro que tendremos éxito la próxima vez!

—Eso espero.

Robs abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Nos estás dando más tiempo?

Tinajan miraba a Orenol con los ojos llenos de esperanza. Este se quitó el rosario de la muñeca y mientras lo tocaba con los dedos dijo:

—¿Hasta cuándo tendremos que esperar?

Robs hizo una mueca extraña. Estaba dudando, y al final lo dijo sin apenas abrir la boca.

—Necesitamos seis meses, aproximadamente.

Orenol miró a Robs y este se ruborizó. Finalmente el monje dijo sin alzar la voz:

—¿Estás diciendo que debemos esperar medio año más?

—En seis meses tendremos éxito con toda seguridad. Hemos hecho muchas investigaciones acerca de los movimientos de los janulchis. Llevamos un registro de notas.

Robs alcanzó un libro gordo apilado en un rincón de la cabaña. Estaba hecho de retales y, como lo usaban a menudo, las esquinas de las páginas estaban desgastadas. Robs logró que Orenol distrajese su mente con los símbolos y números que en aquel cuaderno había anotados. Al final lo entendió a grandes rasgos. En los próximos seis o siete meses, siete janulchis sobrevolarían el valle de Baiso, y Robs estaba convencido de que al menos dos de ellos iban a hacerlo a una altura adecuada.

—Los otros cinco son mucho más grandes. Nadie sabe muy bien la razón, pero cuanto más grande es un janulchi, mayor es la altura a la que vuela. Seguro que en la espalda del más grande habrá ruinas más espectaculares, pero no es fácil volar hasta allí. Incluso en el valle de Baiso, donde creemos que hay los mejores vientos, no podemos ascender tanto. Tiene que ser uno pequeño como el de hoy...

Orenol soltó un gruñido.

—Volar a la altura que se puede alcanzar con una cometa. Para poder esperar a los pequeños necesitamos seis meses.

—Gracias por la explicación. Pero no puedo evitar preocuparme. Robs lo miró con ojos de enfado.

—¿Qué quieres decir con que te preocupa?! ¿No estás de acuerdo con nuestro plan?

Por la manera de hablar de Robs parecía que el espíritu del lekon había aflorado. Orenol contestó con tiento.

—Desde luego que no. Hoy, por primera vez, he visto un janulchi. Y por supuesto que creo lo que me decís, pero mi preocupación no es por el janulchi, es por ti. Has dicho que no puedes pagar los intereses, así que ¿cómo planeas quedarte aquí durante los próximos seis meses?

Robs parpadeó incrédulo, cerró el libro y suspiró. Tinajan frunció de nuevo el ceño.

—Será difícil, pero podemos aguantar. En la montaña de Baiso hay cosas de comer. De una manera o de otra lo conseguiremos. Así que no te preocupes por eso. Vosotros solo tenéis que darnos una prórroga.

—Parece que tenéis bastante gente aquí. Y caballos.

—Podemos aguantar. Precisamente por los caballos, si no tendríamos que arar nosotros mismos el campo.

—Si todos mueren de inanición o salen corriendo, nosotros no podremos recuperar el dinero.

—¡Eso no pasará! ¡Lograremos abordar al janulchi!

Orenol manipuló de nuevo su rosario. Tinajan pensó que le molestaba, pero tuvo suficiente juicio de no decirlo en voz alta. Robs solo deseaba taparse los oídos, pues esperaba que el joven monje les

dijese que el plan no era realista y tomase posesión del equipamiento. Pero lo que dijo fue:

—Os voy a hacer una propuesta.

—¿Cuál?

—El Gran Templo necesita de un lekon.

—¿Un lekon?

—Sí. Tinajan, se te requiere en el Gran Templo para una labor. Si vienes te perdonaré lo que me debes y te prestaré el dinero que necesites para los siguientes seis meses.

Tinajan y Robs parecían encantados con estas increíbles condiciones. Robs recuperó la compostura y dijo:

—¿Qué hay que hacer?

—¿Eres humano de nuevo? Lo siento, pero los detalles del trabajo solo se los puedo contar a alguien capaz de llevarlo a cabo. Solo puedo decirte que durará cuatro meses y será muy peligroso.

Robs pensó que esa frase estaba dirigida a Tinajan. Cuando dices que algo es peligroso no hay ningún lekon que salga corriendo. Efectivamente, el lekon dijo con voz sarcástica:

—A ver, ¿cómo de peligroso?

Orenol hablaba en serio. Miró a Tinajan con mucha preocupación.

—No sé si es la metáfora correcta, pero es tan peligroso como caerse al agua.

La cresta de Tinajan se irguió con firmeza.

Cuando los humanos convirtieron una parte de la Noche en el Día usando lámparas o velas, esa fracción de Noche que había sido desterrada acabó vagando sola. Un dokebi invitó a esa Noche hacia el Día, y así accedió a sus cinco hijas: Caos, Seducción, Confinamiento, Ocultación y Sueño. Los dokebis construyeron su gran castillo Chumunnuri con la ayuda de estas cinco hijas por una razón imperiosa propia de su especie: pensaron que sería divertido. Caos dispuso el interior, Seducción decoró el exterior, Confinamiento diseñó los innumerables laberintos y trampas,

Ocultación instaló los pasajes secretos, las puertas ocultas y diseñó las contraseñas.

Pero se desconoce qué efecto tuvo la quinta hermana en la construcción del castillo. La más pequeña de las hijas de la Noche, Sueño, era completamente distinta de sus cuatro hermanas. Era la más ligada a la Noche pero al mismo tiempo su temperamento era completamente opuesto. La Noche cubre, oculta y camufla, pero los sueños revelan, encuentran y abren, y las propiedades de esos sueños son aparentemente iguales que la realidad del día. Los sueños no pueden verse a la luz del día, solo en la oscuridad, como las estrellas, y ello prueba que su naturaleza pertenece a la noche. La hermana más joven, cuya esencia era confusa, participó de la construcción del castillo, pero se desconoce cuál fue su aportación, y si su carácter era del Día o de la Noche.

De todas maneras, aun obviando la participación de Sueño, la de Chumunnuri era una arquitectura misteriosa.

El único que sabía exactamente cuántas plantas, habitaciones, pasillos y escalinatas había en Chumunnuri era el señor del castillo. Por supuesto, había ciertas cuestiones que aquellos que lo visitaban a menudo conocían, como, por ejemplo, el hecho de que solo se podía acceder al piso séptimo a través del cuarto, o que si torcías tres veces a la derecha y seguías recto en cualquier piso llegabas al comedor, o que si estabas en la torre este y girabas dos veces a la izquierda caías de culo en el estudio del señor. Los señores de varias generaciones, dependiendo de su gusto y estilo, ponían un cojín, unos clavos o una vela encendida en el punto de aterrizaje. Esta última quemaba un poco la ropa, y uno podría decir que encajaba con una broma dokebi, pero el caso de los clavos posiblemente fuera un rumor: no es algo que un dokebi haría. Nunca podremos saber la verdad.

Pero no era por miedo a los clavos por lo que el Jefe de los Guerreros de Chumunnuri, Sabin Jasuón, miraba al cielo con expresión melancólica desde lo alto de la torre del este. Acababa de presenciar cómo el señor del castillo iba de vuelta a su estudio cargado con un cubo lleno de estiércol de escarabajo.

Normalmente el que aterrizaba de culo en el estudio era Bijiong, el criado del señor. Pero ahora el Jefe de los Guerreros tenía que entregarle una carta en persona. Jasuón exhaló un suspiro y dio dos vueltas con desesperación. Su entorno cambió de repente y cayó de culo en el suelo del estudio.

Se sintió un poco aturdido, pues no había nada en el suelo. Se levantó sacudiéndose el polvo del trasero y se volvió hacia donde estaba la mesa del señor.

El décimo primer señor del castillo de Chumunnuri, Bau Moridol, se quedó mirando a Sabin mientras sujetaba una pala. Este vio el cubo cerca de sus pies y macetas al lado de la ventana, solo entonces se sintió aliviado.

—¿Ha tenido felices sueños el señor? ¿Lo ha traído como fertilizante?

—¿Para qué si no?

—Por un momento pensé que era para echarlo por el suelo... —dejó de hablar al ver un destello en los ojos del señor.

—¡Ejem!

Sabin se disculpó mentalmente con quien fuera que fuese el siguiente visitante mientras escuchaba al señor aclarándose la garganta. En ese mismo momento, comenzó a hacer una lista de los individuos a los que hacerles saber que «el señor del castillo ha convocado a una audiencia». ¿Quién sería un buen candidato? Se quedó inmerso en sus delirios y el señor Bau Moridol, un tanto nervioso, le preguntó:

—¿Qué se te ofrece?

—Verá, señor, no creo que sea un problema de fertilizante, simplemente es que Chumunnuri es oscuro.

—¿Que qué se te ofrece?!

Sabin sonrió. El señor debía de querer que se marchara cuanto antes. Y Sabin decidió cooperar. Se sentó un momento.

—El escarabajo de los kims que se afeitan la cabeza ha traído una carta para usted.

—Ah, los kims que se hacen llamar monjes. Pero ¿por qué has venido tú mismo? ¿Qué hace Bijiong?

Sabin se encogió de hombros.

—Fue una petición expresa de los kims. Ya sabe cómo son cuando se trata de temas que consideran importantes.

—¿Cómo son?

—Creen que los asuntos importantes deben conocerlos el menor número de personas posible.

—Ah, ¿sí?

—Es una teoría mía, pero creo que los kims creen que la importancia de un asunto disminuye cuanto menos gente lo conozca. ¿No debería ser que si hay más gente que sabe el objetivo más podrán ayudar?

—También puede haber más detractores.

—Si es tan importante, ¿quién podría interponerse?

—Los kims piensan demasiado. De todas formas, si eso es lo que quieren se lo concederemos. Que quede entre nosotros dos. ¿Qué dice la carta?

—Los kims solicitan que enviemos un dokebi.

—¿Para qué?

—Van a constituir un equipo de salvamento que cruzará la línea fronteriza para rescatar a un naga. Solicitan que un dokebi se una a dicho equipo de rescate.

El señor Bau miró al Jefe de los Guerreros sorprendido. Sabía que a Jasuón le gustaba bromear con su señor y pasaba mucho tiempo buscando una oportunidad para hacerlo. También sabía que el Jefe de los Guerreros le respetaba. Todo ello divertía al señor Bau Moridol. Sabin Jasuón encontraba al menos doce ocasiones al día de hacerle bromas a Bau, pero no intentaba ni el diez por ciento. Por eso el señor quería darle una oportunidad, y se regocijaba al ver el conflicto interno. Pero el Jefe de los Guerreros no le estaba gastando ninguna broma.

—¿Me estás diciendo en serio que los kims han decidido traer un naga al norte de la línea fronteriza? ¿Por qué?

—Ni idea. No han dicho nada sobre el motivo. Quizá forme parte de su secretismo.

—¿Será también secreto quiénes son los otros miembros del equipo?

—Eso sí nos lo han comunicado. Como versa el viejo dicho: Tres contra uno. Los otros son un kim y un lekon.

—Curioso, ¿cuál es la recompensa?

—Están dispuestos a pagar doscientas monedas de oro.

—Impresionante. Yo quiero ir. ¿Y esa cara?

—Nada especial. Solo es la cara del Jefe de los Guerreros pensando en a quién apoyar en las siguientes elecciones a lord Chumunnuri.

El señor se enfadó para satisfacción de su Jefe de los Guerreros y después dijo:

—¿A quién debo mandar?

Sabin se quedó un tanto sorprendido.

—¿Está pensando en mandar a alguien? «Tres para uno» es solo un viejo dicho. Ese ridículo equipo de rescate sería asesinado en cuanto llegaran a Kiboren. Es una misión que no tiene posibilidad de éxito.

—¿Por qué no tiene posibilidad de éxito?

—Porque estamos hablando de un lugar desconocido. ¿Quién conoce bien Kiboren y a los nagas?

—Ese kim.

—¿Cuál?

—El que formará parte del equipo de rescate. Creo que puedo imaginar quién es. Solamente hay uno que conoce bien a los nagas y Kiboren, y que puede liderar un equipo de salvamento de esas características.

—¿Existe un kim así?

—Keigan Draka.

Sabin se quedó sorprendido, pues conocía aquel nombre. Era el nombre del legendario luchador de ssireum que ganó la final contra un competidor dokebi de monumentales proporciones.

—¿Todavía está vivo?

—Vive. Está aniquilando y comiendo nagas cerca de la línea fronteriza.

Sabin estuvo a punto de reírse. No entendía a qué se refería, pero pensó que se trataba de alguna broma. Pero el señor no tenía cara de risa, así que el capitán preguntó con expresión dubitativa:

—¿Qué quiere decir con «aniquilando y comiendo»?

—Exactamente lo que he dicho. Caza nagas y luego se los come.

Sabin hizo el gesto de coger comida y llevársela a la boca. El señor asintió, pero de pronto Sabin palideció.

—¿Está loco?

—He oído que cocina.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

El señor del castillo cruzó las manos, las dejó reposar sobre sus rodillas y dijo con cara de no saber cómo empezar:

—Keigan odia a los nagas. Los odia tanto que los mata y se los come. Lo hace. Cerca de la frontera los embosca, les corta el pescuezo y los hierva.

Sabin tragó saliva.

—Si los odia hasta el punto de comérselos que lo haga, pero yo diría que entonces tiene un problema de enajenación mental, más que de que sus actos se correspondan con sus palabras.

—Así pues, tiene una razón de ser. Como sabes, es muy difícil matar a un naga cuando le han quitado el corazón.

—¿Quizás por eso los hierva? ¿Para evitar que se regeneren? Pero eso no significa que necesite comérselos.

—Así se aprovecha la carne.

Sabin, Jefe de los Guerreros, miró al señor por un momento como si estuviera loco. Este se rio sacudiendo las manos.

—Esa es la respuesta de Keigan. Se lo pregunté igual que tú me lo estás preguntando ahora. Pero hay otra razón. Espera un momento.

El señor abrió el cajón de su escritorio y rebuscó un poco. Un momento más tarde sacó un antiguo pergamino.

—Esta es una carta que me envió hace seis años. Léela.

Sabin tomó la carta con cuidado y comenzó a leerla.

Espero que se encuentre bien. Soy Keigan.

Ha pasado mucho tiempo. Como sabe, en esta tierra devastada, cerca de la línea fronteriza, es más fácil conseguir armas que suministros de papelería. Ayer conocí a un comerciante por

casualidad y tenía algunas hojas de pergamino, así que al fin puedo escribirle.

Estuve pensando sobre lo que me dijo en su última carta. Sí. Todavía me alimento de nagas. No puedo parar de hacerlo y no veo la necesidad de decirlo eufemísticamente.

¿Conoce la historia de los cazadores de tigres de Kitalcho? Si uno de ellos era devorado por un tigre, el hijo del cazador muerto se convertía en hijo de los otros cazadores, que le enseñaban sus habilidades. Cuando el chico estaba más o menos listo participaba en su primera cacería y al capturar su primer tigre, los cazadores le rajaban el vientre y le extraían el hígado para que el joven se lo comiera.

Yo soy el hijo que ha sobrevivido, mi señor.

Los nagas se tragaron todo aquello que era preciado para mí, me quitaron todo lo que me importaba excepto mi horrible cuerpo. Por eso me los como. Quizá algún día sea yo el devorado por ellos. Intento no bajar a la frontera, pero cuando persigues a un naga, antes de darte cuenta ya estás rodeado de jungla. Cuando me percaté de que les he brindado a los nagas la única ventaja que tengo sobre ellos, mi señor, siento un frío que me recorre la espalda. Vuelvo a toda prisa al lado norte, pero pocos días después me encuentro en la misma situación.

Un día, cuando ya no pueda blandir a Baragui, moriré. No me importará si consideráis que es la muerte de un loco y os olvidáis de mí.

No creo que haya nada que pueda hacer para evitar la locura.

Al final de la carta había un extraño garabato en vez de la firma. Sabin alzó la cabeza y el señor se lo explicó:

—Ese es el símbolo de los cazadores de Kitalcho. El león negro y el dragón.

—¿Leones negros? ¿Dragones?

—Se extinguieron por culpa de los nagas. Si lo lees en la lengua de los cazadores de Kitalcho, ahí pone Keigan Draka. Por esa razón utiliza ese nombre.

Sabin preguntó al señor mientras le devolvía la carta:

—Entonces, ¿ese no es su verdadero nombre?

—No. Pero no puedo decirte cuál es sin su consentimiento.

El señor Bau cogió la carta, la guardó en el cajón y miró al Jefe de los Guerreros de Chumunnuri.

—¿Qué opinas?

—¿Me está diciendo que este luchador de ssireum se venga de los nagas al modo de los cazadores de Kitalcho que desaparecieron de estas tierras hace cientos de años? ¿Matándolos y comiéndoselos?

—Se podría decir eso. Sí.

—¿Y qué demonios le hicieron los nagas para que esté llevando a cabo esta locura de venganza?

—Algo horrible.

Sabin esperó a que el señor continuase hablando, pero no dijo nada más. Sabin asentía sin darse cuenta, pero de pronto miró al señor. Este tenía el gesto demudado.

—Horrible.

—¿Qué pasó?

El señor estaba perdido entre dolorosos recuerdos y negaba con la cabeza.

—Al igual que con su nombre, no puedo darte detalles de su pasado sin su consentimiento. De todas formas, es fácil adivinar que este tipo sabe más que nadie sobre los nagas y Kiboren. Es normal que los depredadores conozcan bien a su presa.

—Puede que sea así, pero prefiero tener pruebas de que mi compañero de equipo está en sus cabales cuando voy a un lugar peligroso como ese. No me extrañaría que estuviera cansado de comer siempre naga y quisiera probar un dokebi como plato especial —comentó Sabin con disgusto.

El señor Bau se rio estruendosamente.

—No te preocupes por eso. Toda la ira de Keigan es para los nagas. No podrás conseguir que se enfade por otra cosa.

—¿No se le puede hacer enfadar?

—No. Como has visto en la carta, no hay nada más que puedan

quitarle. Los nagas lo dejaron sin nada. Puede sonar paradójico, pero en todo lo que no tiene que ver con los nagas, Keigan es la persona más confiable del mundo. No se puede enfadar.

—Qué triste.

—Sí, es triste pero cierto. Doy fe de ello.

Sabin no encontraba la manera de estar de acuerdo, pero tampoco le apetecía rebatir el juicio del señor. Hay unas cuantas cosas que no debes hacer cuando se trata del señor del castillo de Chumunnuri, y entre ellas se encuentra llevarle la contraria al señor. Así que volvió al tema original.

—Si este forzado Keigan es tan seguro y trata a los nagas como su desayuno, no habrá persona mejor cualificada para formar parte del equipo de rescate que debe adentrarse en Kiboren. ¿Va a enviar a uno de los nuestros?

—Solo tres pueden lidiar con uno. Así que enviaré a uno.

—¿A quién?

—No existen cualificaciones para este tipo de trabajo, ¿verdad? No hay dokebi que conozca a los nagas o Kiboren. Por tanto, todos los dokebis son igual de aptos. Enviaré al primero que entre en mi estudio.

—¿Al primer dokebi que...?

—Sí.

Si no estuviera en Chumunnuri, Sabin Jasuón podría hacer caso omiso de las opiniones de su señor, con educación, y no se consideraría deslealtad. Pero sabe bien que el señor no es especialmente sabio, y ambos saben que eso no afecta al respeto que siente por él. Así que al estar dentro de Chumunnuri los deseos del señor deben ser cumplidos y por eso no pide más explicaciones. Aunque se queja un poco.

—¿Puedo esperar aquí con usted? Si salgo quizá me convierta en el desafortunado dokebi.

El señor Bau se rio sin tapujos y junto al Jefe de los Guerreros aguardaron.

No tuvieron que esperar mucho. Al cabo de poco rato, un dokebi

enfurecido cayó de culo en mitad del estudio. El dokebi vio al Jefe de los Guerreros y comenzó a gritar:

—¡Jefe! ¿Me está intentando quitar el trabajo? ¡Entonces, en el nombre del dios que se mata a sí mismo, yo soy Jefe de los Guerreros desde hoy! ¿Está de acuerdo?

Bijiong Surabul, el mayordomo del señor, era un joven que amaba su trabajo. Sabin Jasuón pensó en su mala fortuna y sacudió la cabeza. El señor Bau se rio mientras decía:

—Eso va a ser difícil, pues tienes que formar parte de un equipo de rescate.

Bijiong Surabul parpadeó y repitió lo que su señor había dicho.

—¿Equipo de rescate?

—Efectivamente. Tienes que ir a un lugar donde nadie se ha atrevido a poner un pie en cientos de años y rescatar a alguien.